

# Barbarie y civilización

\* Edgar Morin

**Barbarie no solamente es lo contrario a civilización, también puede ser su causa o su efecto. La civilización produce barbarie, particularmente de la conquista y de la dominación. En lo concerniente a Europa, hay que evitar a todo precio la buena conciencia, que siempre es una falsa conciencia. Al ejercitar la memoria vemos la obstinación con que aparece la barbarie: esclavitud, trata de Negros, colonizaciones, racismos, totalitarismos nazi y soviético. Obsesión que, al formar parte de la idea de Europa, ha integrado la barbarie en la conciencia europea; condición indispensable si queremos superar los nuevos peligros de la barbarie.**

La barbarie no sólo es un elemento que acompaña a la civilización; es de hecho, una parte integral. La civilización produce barbarie, particularmente de la conquista y de la dominación. La conquista romana, por ejemplo, fue una de las más bárbaras de la antigüedad: el saqueo de Corinto en Grecia, el cerco de Numancia en España, la destrucción de Cartago, etc. Sin embargo, la cultura griega se infiltró en el interior del mundo romano, convertido en imperio. Sentido de la famosa expresión del poeta latino: "La Grecia vencida venció a su fiero vencedor."<sup>1</sup> Barbarie produjo

así civilización. La conquista bárbara de los romanos desembocó en una gran cultura. En 212, el edicto de Caracalla otorga la ciudadanía romana a los residentes de su vasto imperio que cubría África del Norte, una gran parte de Europa del Este e Inglaterra.

Si se me permite un paréntesis, ya que no estoy obligado a dar un discurso lineal, los invito a reflexionar estos momentos históricos. Me gustaría recordar que Simon Weil, en un artículo aparecido en *Cuadernos Nuevos*, publicado en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, predecía después de la conquista nazi, un

<sup>1</sup> [Se refiere a Horacio, poeta latino. El verso inicia así: *Graecia capta ferum victorem cepit* (La Grecia vencida venció a su fiero vencedor); y

termina: *et artis intulit agresti Latio* (y llevó las artes al rústico Lacio). —Trad.]

nuevo imperio europeo; florecería dos siglos después de la victoria alemana, en base al modelo que Roma produjo. Esto no le impidió, como ustedes saben, comprometerse con convicción con la Resistencia. No queda duda que esta idea inspiró a socialistas y pacifistas, convertidos en colaboradores al principio de la guerra, cuando todavía no era mundial, pensando que la Alemania nazi dominaría Europa de forma duradera. Muchos creyeron, trágicamente, que al colaborar con la Alemania hitleriana, colaboraban por una Europa socialista. Hago alusión al artículo porque me influenció, no en lo tocante a la Alemania nazi sino a la Unión Soviética. En 1942, a los 22 años, conocía los peores aspectos de la URSS, no olvidaba los procesos de Moscú, había leído a Trotski y Suvarine. Pensaba que la victoria de la Unión Soviética permitiría que los gérmenes de la ideología socialista (comunitaria, igualitaria, libertaria) florecieran en una era maravillosa de armonía social. Con la guerra fría y el regreso de la glaciación estaliniana, comencé a desencantarme. Hoy día no descarto la idea de una Unión Soviética que pudo sembrar los ideales y los fermentos de una civilización que su barbarie, desde un principio, enterró. Las conquistas bárbaras pueden desembocar en el florecimiento de una civilización, sin que por supuesto tengan que ser retrospectivamente justificadas ni cubiertas por el olvido.

## **Barbarie religiosa y el destino de Europa**

Existe, igualmente, una barbarie religiosa. En la Antigüedad, cada pueblo en Medio Oriente tenía su dios de la guerra, despiadado con los enemigos. No obstante, en Grecia como en la Roma antigua, el politeísmo permitió la convivencia de diferentes deidades. El politeísmo griego acogió un dios aparentemente bárbaro, violento, dios de la ebriedad, de la *hybris*: Dionisos. La extraordinaria obra de Eurípides, *Las bacantes*, muestran la llegada destructiva, enloquecida, de este dios. Dionisos se integró a la sociedad de dioses griegos. En el siglo XIX, cuando Nietzsche se preguntaba sobre el origen de la tragedia, resaltó el doble aspecto de la mitología griega: por un lado Apolo, símbolo de la medida; por otro Dionisos, símbolo del exceso. Dualidad y complementariedad de Apolo y Dionisos que ilustra la declaración de Heráclito: “Unir lo que concurda y lo discorde.”

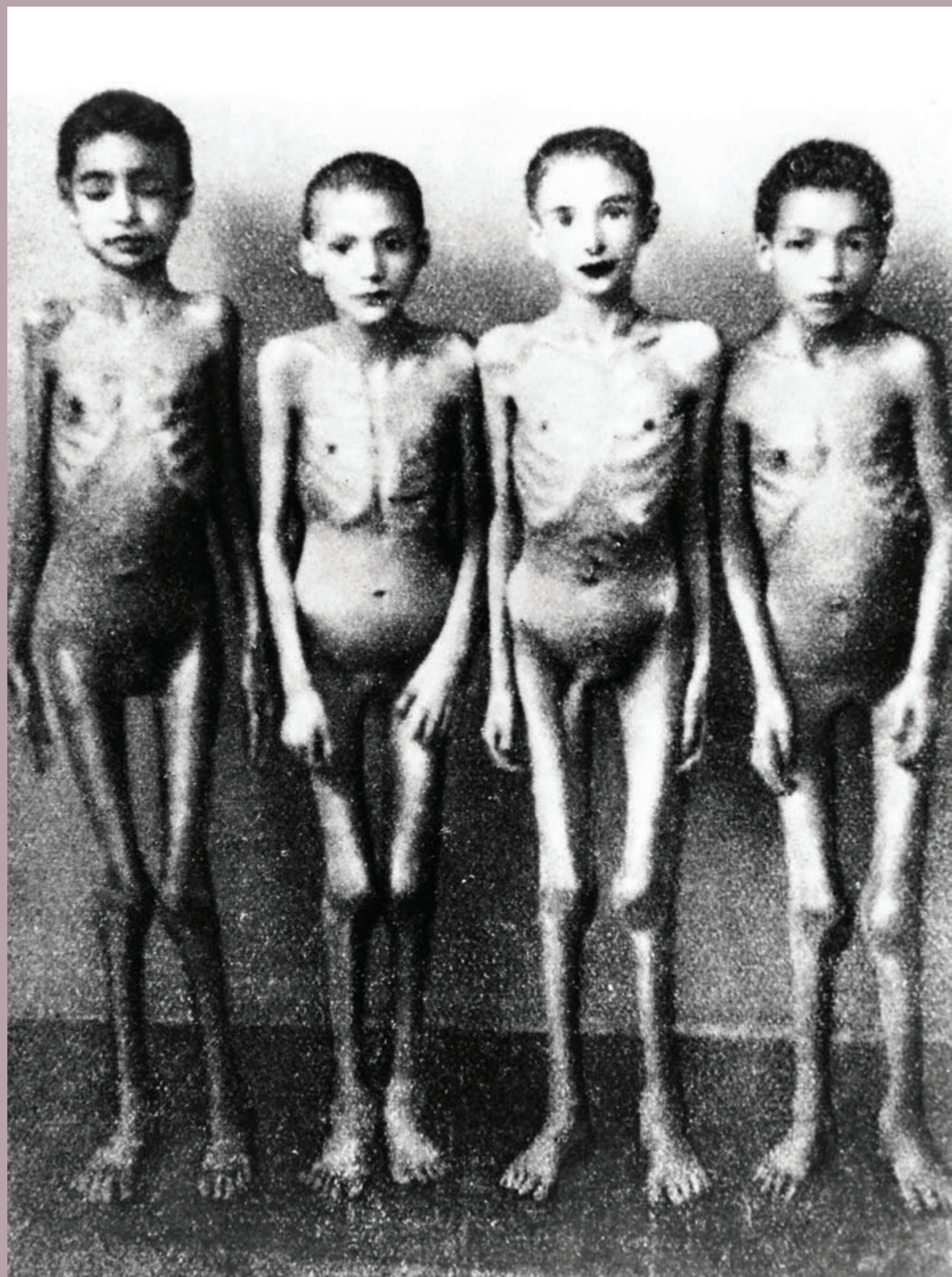
El imperio romano se caracterizó, antes que el cristianismo, por la tolerancia religiosa, se dieron los cultos más diversos: a los dioses de la salvación, el

culto a Osiris, el culto a Mitra y el orfismo eran perfectamente aceptados. Al monoteísmo judío, más tarde cristiano, lo acompaña su propia intolerancia, igual que su universalismo en potencia. Barbarie fundada en el monopolio de la verdad de su revelación. Efectivamente, el judaísmo no concibió a los dioses romanos sino como ídolos sacrílegos. El cristianismo, a través de un proselitismo de voluntad universal, no podía sino acentuar esta tendencia. Mientras el judaísmo permaneció en el interior de sí mismo, bajo la alianza privilegiada que creía tener con Dios; el cristianismo finalmente destruyó a los demás dioses y a las otras religiones. Por otro lado, cuando se reconoció como la única religión de Estado, produjo el cierre de la escuela de Atenas y puso fin al intento de una filosofía autónoma.

Una de las armas de la barbarie cristiana, Satán, encarna al separador, al rebelde, al negador; enemigo mortal de Dios y de los hombres. Quien no está de acuerdo y no renuncia a su diferencia, se encuentra fuertemente poseído por Satán. Con una maquinaria argumentativa delirante, el cristianismo ha ejercido la barbarie. Bien entendida, no cuenta con la exclusividad de Satán: hoy día vemos más que nunca que Satán regresa en el discurso virulento del Islam. El cristianismo triunfante congregó en su seno diversas corrientes de pensamiento, distintas interpretaciones del mensaje original. En lugar de tolerarlas, elaboró una ortodoxia despiadada: denunció la diferencia de herejía, persiguió y destruyó con odio en el nombre mismo de la religión y el amor.

Estas observaciones muestran que si bien Europa no posee el monopolio de la barbarie, ha manifestado las formas de barbarie de las sociedades históricas que he descrito. Por demás, se dieron de manera durable, masiva y, sin duda, innovadora. Innovación ligada a la formación de las naciones europeas modernas: España, Francia, Portugal, Inglaterra. Las naciones son profundamente diferentes a los imperios y a las ciudad-Estado; son poblaciones más diversas: una nación como Francia, por ejemplo, integra una notable diversidad de etnias. La verdadera diferencia con el imperio es la actividad integracionista del Estado-Nación que unifica elementos diversos dentro de una identidad nacional común.

Si Europa Occidental fue el foco de la dominación bárbara en el mundo, igualmente ha sido, gracias al desarrollo del humanismo, hogar de ideas emancipatorias, como los derechos del hombre y del ciudadano. Ideas retomadas por los representantes de los pueblos colonizados: a partir de los derechos de los pueblos, derechos del hombre y derechos de



las naciones, los procesos de emancipación tuvieron lugar. La globalización, fenómeno con fecha simbólica de nacimiento en 1942, se caracterizó por la trata de Negros y numerosas formas de esclavitud. Pero una segunda forma de globalización se puso en marcha: los derechos de la humanidad, el derecho de las naciones y la democracia. Hoy día estamos frente a una globalización contradictoria: los progresos fantásticos de la globalización técnico-económica suscitan, pero también acallan, una globalización ciudadana y humanista.

## El fenómeno totalitario

La emergencia de totalitarismos es un fenómeno europeo moderno. Se critica, a veces, el uso que se da a la palabra “totalitarismo” para calificar sistemas diversos, como puede ser el estalinista y el hitleriano. Creo que hay que adoptar un punto de vista complejo que subraye las diferencias, las oposiciones, así como las semejanzas y las analogías; sin apurarse a justificar un totalitarismo rojo y condenar uno marrón. El modo de reflexión que me guía impide tener un pensamiento unilateral y maniqueo. Me niego a idealizar como a satanizar Europa, sabiendo en todo momento que produjo a la vez lo mejor y lo peor. En el mismo orden de ideas, me niego a distinguir una ciencia “buena” y una “mala”. No creo en absoluto que haya una “buena” globalización y una “mala”.

Debo decir, en primer lugar, que no se creó una corriente de pensamiento sobre el totalitarismo, como sí del capitalismo (Marx), de la democracia (Montesquieu, Tocqueville) y de la dictadura. El totalitarismo surgió al margen de todas las previsiones; fruto de un proceso histórico: el accidente enorme que fue la Primera Guerra Mundial, desencadenamiento de una barbarie mortífera y acto suicida para Europa.

Evaluemos recíprocamente la cuestión de los totalitarismos hitleriano y estaliniano. Pronto se observa una diferencia evidente en los fundamentos ideológicos de los dos sistemas. La ideología comunista es internacionalista, universalista, igualitaria; la nazi es racista. Las cartas del nazismo se muestran en la obra *Mein Kampf*, mientras que la ideología fraternal del comunismo, descrita en el evangelio del *Manifiesto del partido comunista* de Marx, enmascaró durante mucho tiempo los crímenes del totalitarismo soviético. Millones de seres humanos se persuadieron de que los soviéticos eran libres y felices. Otro punto de comparación se refiere al nacionalismo, está en el origen del nazismo, mientras que el internacionalismo

se encuentra en el fondo de la revolución soviética. En el nacionalismo nazi, el antijudaísmo juega un papel fundamental; ha servido, de alguna manera, de base al sentimiento nacional, según la lógica del chivo expiatorio descrita por René Girard. Aunque el internacionalismo no faltó en la ideología nazi: al final de la guerra existía un europeísmo de los SS [escuadrones de defensa nazi]: algunos eran noruegos, otros franceses, etc. Compartían el mito de una Europa nacional socialista, siempre en la base de un racismo excluyente que rechazaba cualquier elemento heterogéneo.

El socialismo soviético no fue en su origen nacionalista, y el antijudaísmo fue prácticamente inexistente. En el seno del partido bolchevique había un número importante de judíos, comenzando por Trotski. Por otro lado, la Liberación, ante el horror creciente por el descubrimiento de los campos de exterminio, impide los fenómenos de rechazo que ya comenzaban a manifestarse. Sin embargo, los judíos fueron marginados progresivamente del Komintern (Estalin preveía, después del supuesto complot de las blusas blancas, su deportación a Siberia). Durante la guerra fría, el antijudaísmo, la denuncia del cosmopolitismo judío, no se ocultó más. Se observa la barbarie de la intolerancia y de la exclusión de parte de dos sistemas que, pese a ser de inspiración totalmente diferente, terminaron por converger.

Para terminar, me gustaría insistir en la idea de evitar el pensamiento binario, es decir: un pensamiento obnubilado por un solo polo de atención, en detrimento de otros. Si se insiste únicamente en Auschwitz, se corre el riesgo de minimizar, maliciosamente, el gulag, y de pasar por alto otras barbaries. Si uno se limita al simple factor cuantitativo: el número de muertes provocadas por el sistema de campos de concentración soviético ha sido, por mucho, el más importante. El gulag duró mucho más que el periodo de exterminio nazi, iniciado en 1942 y concluido a principios de 1945; llegó a su fin a través de una hecatombe llevada a cabo en unos cuantos días. El tifus, las largas y agotadoras marchas bajo la conducción de los SS para huir del avance de los Aliados, fueron terriblemente mortales. Cuando los aliados llegaron a las puertas de Dachau y observaron el amontonamiento de cadáveres, surgió la impresión de que el horror del nazismo se limitaba al efecto de este amontonamiento de cadáveres. En realidad significaba que la maquinaria de exterminio y eliminación se había detenido. Si los hornos no funcionaban, los cadáveres tendrían que apilarse. El horror se debe menos al amontonamiento de los cuerpos que al funcionamiento de una perfecta

maquinaria de la muerte. No hay que permitir que una imagen, por muy expresiva y terrible que sea, oculte la realidad. Suele suceder: el genocidio judío nos parece más horrendo que la exterminación masiva que hizo el gulag, de la cual no tenemos imágenes y fue ocultada por mucho tiempo. Todo lo anterior para decir que la tendencia a negar el gulag en provecho de Auschwitz, o bien a la inversa, no tiene ningún sentido. Hay que desconfiar de la barbarie mental que a fin de negar conciente o inconcientemente los crímenes del estalinismo hace del hitlerismo el horror supremo y absoluto.

Adónde deberían desembocar las experiencias trágicas del siglo xx, hacia una nueva reivindicación humanista: que la barbarie sea reconocida por lo que es, sin simplificaciones o falsificaciones de ninguna clase. Lo que verdaderamente importa no es el arrepentimiento, es el reconocimiento. Reconocimiento que debe pasar por el conocimiento y la conciencia. Es necesario saber qué pasó realmente. Hay que tener conciencia de la complejidad de esta colosal tragedia. Reconocimiento que le concierne a todas las víctimas: judíos, negros, zingáros, homosexuales, armenios, la colonización de Argelia o de Madagascar. Es necesario si queremos vencer a la barbarie europea.

Hay que ser capaces de pensar la barbarie europea para superarla, pues lo peor siempre es posible. Por lo pronto nos encontramos bajo la relativa protección de un oasis, en medio de un desierto de barbarie amenazante. Pero estamos en condiciones historico-político-sociales que hacen que lo peor se vislumbre en el horizonte, particularmente durante los periodos paroxísticos.

La barbarie nos amenaza, incluso detrás de las estrategias que supuestamente se crearon para oponerla. El mayor ejemplo es Hiroshima. Hablé de Auschwitz y del gulag, no hay que olvidar Hiroshima. Justifica esta nueva barbarie la lógica aparente que hay en el balance de los 200 mil muertos debidos a la bomba y los dos millones que hubiese costado

la continuación de la guerra mediante los medios clásicos, si se calculan las pérdidas que se sufrirían por la sola toma de Okinawa. En principio, estas cifras fueron voluntariamente aumentadas, pero sobre todo no hay que temer a poner sobre la mesa un factor que fue decisivo en la decisión de recurrir a la bomba atómica. En la conciencia del presidente Truman y de numerosos americanos, los japoneses no eran sino ratas, seres sub-humanos, inferiores. Por

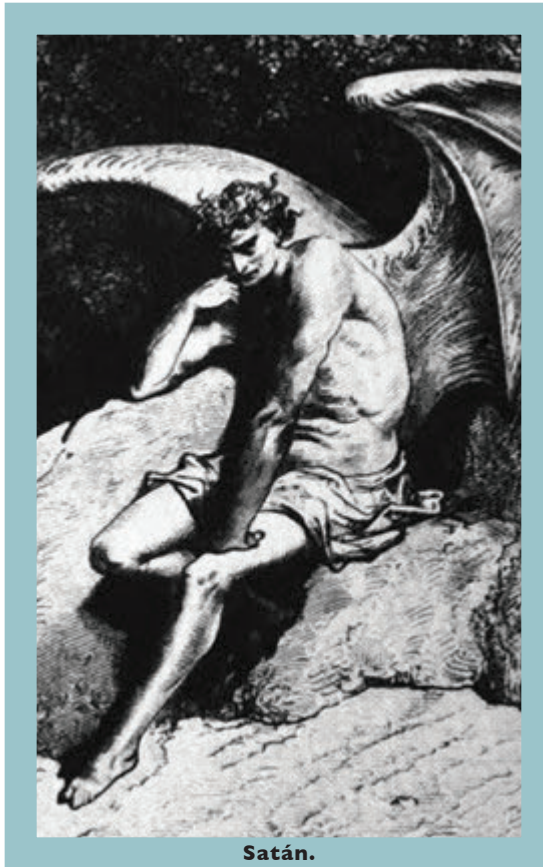
otro lado, hay un hecho de guerra que contiene un ingrediente de barbarie suplementaria: la ciencia al servicio de la eliminación tecno-científica de una parte de la humanidad. Lo repito, lo peor siempre es posible.

Así, en lo concerniente a Europa, hace falta evitar a todo precio la buena conciencia, que siempre es una falsa conciencia. El ejercicio de la memoria debe permitir que fluya hacia nosotros el reconocimiento de la obstinación con que aparecen las barbaries: esclavitud, trata de Negros, colonizaciones, racismos, totalitarismos nazi y soviético. Obsesión que, al formar parte de la idea de Europa, ha hecho que integremos la barbarie en la conciencia europea; condición indispensable si queremos superar los nuevos peligros. Pero como la mala conciencia

también es una falsa conciencia, hace falta una *doble conciencia*. A la conciencia de la barbarie debe integrarse que Europa ha producido a través del humanismo, del universalismo, de la creciente conciencia planetaria, los antidotos contra su propia barbarie. Esta es la condición necesaria para superar los riesgos siempre presentes de nuevas, peores barbaries.

Nada es irreversible, las condiciones democráticas y humanistas deben regenerarse con frecuencia, de no ser así se degeneran. La democracia necesita recrearse continuamente. *Pensar* la barbarie significa contribuir a regenerar el humanismo. Esto es, por tanto, sostenerlo.

[Miguel Maldonado: traductor.]



Satán.